

teatral. Y el joven poeta de El Escorial, gran meditador desde esa piedra lírica, sacude todas sus hojas muertas, sus muertos vislumbres, para quedarse con la transustanciación de su alma.

Ante Ciudad del ave -título de clara ascendencia teresiana-, cede la trayectoria de libros anteriores como Antemural, Castilla, plaza mayor de soledades y Mediodía de Angélica. En realidad, el poeta de hoy los asume todos, en este nuevo poemario, tras hacer una reducción a lo que es esencial: la propia levitación del espacio mítico e histórico en una integración con el tiempo, contando como elemento identificador con el propio poeta, enraizado en una existencia de aquí y ahora. Ciudad del ave, como toda la lírica importante, nos sumerge en el misterio. Y aún más, en el misterio castellano.

Octavio Uña enriquece, esos sí, la visión heroica o paisajística de Castilla -de Toledo a Soria, de Albarracín a Toro, etc.- con una nota personal, alternativa al eternismo unamuniano o a la desolación machadiana. Cuidando de rebajar el éxtasis de Guillén mediante una desrealización de signo transfigurador, acendrada ya su exaltación irracionalista.

Para ello, el poeta recrea un ámbito donde desaparecen los límites de lo objetivo-subjetivo de una parte; y de otra, la realidad traspasa sus propias posibilidades. La Ciudad del ave es más que un conjunto de piedras y nubes, paisajes y monumentos, pues Uña prescinde de las aproximaciones racionales muy marcadas en función de una realidad trasfundida tanto y más que transfigurada: una realidad inefable, transparente, aunque predicable de la Castilla real y concreta. Si Unamuno habló de una intrahistoria, ahora es posible hablar de una intramística. Porque el autor de Ciudad del ave en vez de conseguir una metáfora -como en el caso de Castilla, plaza mayor de soledades-, la alimenta por su misma definición, la vive. En esa "ciudad", no es un sí "región luciente" o "castillo interior", habita el dios del lenguaje, el genio del poeta, una vez más reo de su propia invención artística.

Tenía, por eso, que llegar este libro en la trayectoria de Octavio Uña. Poeta de intuiciones como Unamuno y de arranques premonitorios como León Felipe, a reserva de sus recursos estilísticos o formales más débiles, disuelve y resuelve la parafermalia paisajística en una espiral absolutamente lírica: la "ciudad de alas, urbietorbi en júbilo, trino del paraíso, gracia y ónice de luz, ave vivísima..." ¿Qué otra cosa es la propia tierra, la propia alma? Porque la ascensión de Castilla se realiza poniendo los sentidos -el oído, el olfato, el gusto, la vista, el tacto- a plena presión. Y la ebriedad, la identidad no se produce por el simbolismo de Claudio Rodríguez o el romanticismo de Colinas, sino gracias a un baño lustral, dentro de los dones preternaturales y la vida triunfante. Para Octavio Uña, Castilla está al otro lado de la aurora, antenacida.

La técnica poética es una consecuencia de la concepción fenomenológica del libro. Un ámbito de raptó, de ascensión y vuelo se refleja lógicamente en los registros formales que rompen el juego estilístico usual -con un uso deslumbrante de paranomasias, con máxima apertura del sentido habitual-, para hacerla flotar en suspensión, en transparencia, espejeante, alada. Así, en "Y como vino se fue" (el libro está dedicado a León Felipe, y bien se compadece con él en la evocación genuina de esta primera parte). Octavio Uña revive

